



Homilías

P. Félix Castro Morales

Sacerdos

#155

OCTUBRE

NOVIEMBRE

DICIEMBRE

2024



El evangelio de hoy nos muestra una disputa, la del divorcio, tal como se configuraba en el judaísmo del tiempo de Jesús: los fariseos ponen a prueba a Jesús preguntándole qué pensaba sobre el divorcio y si era lícito repudiar a una mujer. Jesús hace una interpretación profética del amor matrimonial partiendo de la creación, que todos hemos estropeado con nuestros intereses, división de clases y de sexo. Y es que el garante de la felicidad y del amor es el mismo Creador, quiere decirnos Jesús.


El matrimonio es compartir el poder de Dios de comunicar vida a otros; por lo tanto, tiene una *naturaleza religiosa*. De ahí que Cristo en el evangelio defienda esta característica del matrimonio, prohibiendo el divorcio que nunca entró en los planes de Dios. Ante la pregunta sobre el divorcio, Jesús apela a la voluntad original de Dios respecto al matrimonio: lo que Dios ha unido, lo que desde el principio ha sido el plan de Dios, no puede depender de las evoluciones sociales o de los intereses o de la veleidad de unas personas. Según el Deuteronomio, el marido, en determinadas circunstancias, podía repudiar a su mujer. La mujer no parece tener ese “privilegio” (mientras que Jesús sí contempla, aunque para condenarla igualmente, la misma posibilidad por parte de ella). La voluntad de Dios había sido la igualdad y dignidad de la mujer y la estabilidad de la familia.

Nuestra opinión y nuestra práctica respecto a la fidelidad matrimonial y al divorcio, no depende de unas estadísticas, o de unas costumbres más o menos aplaudidas por los medios de comunicación, ni de unas leyes civiles que pueden despenalizar o facilitar situaciones que la ley de Dios no aprueba (divorcio, aborto). La indisolubilidad matrimonial no la ha decidido la Iglesia (como, por ejemplo, el celibato de los sacerdotes en la Iglesia latina), sino Dios.

Eso sí, con todo el respeto a la conciencia y a las circunstancias de cada pareja, que pueden ser en verdad difíciles. Muchos matrimonios andan a la deriva o se han roto, en parte debido a la poca madurez y preparación que algunas parejas llevan al matrimonio, y que provoca que la Iglesia, en ocasiones, declare la “nulidad de ese matrimonio” por sus defectos de raíz (que no es lo mismo que conceder el divorcio). La dificultad en aceptar esta doctrina puede deberse también a la sensibilidad que nos transmite nuestra sociedad de consumo: “usar y tirar”, cambio de sensaciones, búsqueda de nuevas satisfacciones. Esto hace que se deteriore notablemente la capacidad del amor total, de la entrega gratuita y estable, del compromiso de por vida, y esto tanto en la vida matrimonial como en la de los religiosos y sacerdotes.

Nuestra postura ante este tema debe ser la de Cristo. Esta es una de las ocasiones en que notamos que ser cristiano es exigente y que nos pide renunciaciones, porque nos propone valores superiores al mero hecho de satisfacer nuestros gustos. El amor matrimonial es presentado en la Biblia como un signo sacramental muy expresivo del amor de Dios a la humanidad y de Cristo a su Iglesia.

Tiene que quedar claro hoy lo siguiente: el matrimonio, todo matrimonio, es el derecho natural del hombre y de la mujer a casarse; derecho natural que, por ser Dios el fundador, *es de derecho divino y tiene naturaleza religiosa*. Derecho divino en que, por ser de Dios, Dios manda, dispone y gobierna. O lo que es maravilloso: el matrimonio es uno, fiel, irrompible, irrepetible, inseparable, vitalicio...como el amor, como la vida, como Dios. Ni siquiera los casados por lo civil tampoco deberían divorciarse. Si se casaron porque su conciencia les dio el visto bueno, sin impedimento dirimente alguno que obstaculizara la validez del matrimonio, si su voluntad fue casarse de una vez por todas y para siempre...no hay divorcio que valga.



Señor, Padre santo,
Dios omnipotente y eterno,
te damos gracias y bendecimos
tu santo Nombre: tú has creado
al hombre y a la mujer
para que el uno, sea para el otro, ayuda y apoyo.
Acuérdate hoy de nosotros. Protégenos y concédenos
que nuestro amor sea entrega
y don, a imagen de Cristo y de la Iglesia.
Ilumínanos y fortalécenos en la tarea
de la formación de nuestros hijos,
para que sean auténticos cristianos
y constructores esforzados de la
ciudad terrena. Haz que vivamos
juntos toda nuestra vida, en alegría y paz,
para que nuestros corazones
puedan elevar siempre hacia ti,
por medio de tu Hijo en el Espíritu Santo,
la alabanza y la acción de gracias. Amén

¿Dónde está la verdadera sabiduría?

Todas las lecturas de hoy nos hablan de la *sabiduría*. De manera explícita, la primera lectura, el salmo responsorial y la aclamación al evangelio. El evangelio del joven rico, aunque nada dice a primera vista sobre la sabiduría, sin embargo, ese joven al preguntar sobre cómo conseguir la vida eterna quiere saber (sabiduría) sobre lo más importante en la vida. La verdadera sabiduría está en seguir a Cristo crucificado, que para muchos es escándalo y locura. Para nosotros, fuerza y sabiduría de Dios.

Tenemos la **falsa sabiduría**. Muchos hombres se han construido a lo largo de los siglos una sabiduría humana a su modo, cuando dejaron la sabiduría divina que podían haber aprendido en la Sagrada Escritura. Para los **judíos**, esa sabiduría humana se llamaba la *ley*; no la ley expresión auténtica de la voluntad de Dios, ley sin el alma de la caridad. Para los **paganos** –los griegos- la sabiduría humana se llama *filosofía*, y cuyo ídolo es aquella sabiduría que no tiene en el centro, como explicación y fin de todo, a Dios, sino al hombre. El apóstol Santiago nos dirá duramente en su carta que **esta falsa sabiduría tiene estas características**: “*es terrena, salvaje, demoníaca*” (3, 15). Entendamos bien, sabiduría humana sin apertura a la trascendencia y a los valores del espíritu. Esta falsa sabiduría banaliza el sexo, se ríe de la virtud y entroniza el placer; el relativismo, la moral de situación y las nuevas ideologías locas y antinaturales, que han tocado ya las puertas de tantos Parlamentos, Cámaras de diputados y Congresos.

Tenemos la **auténtica sabiduría**. En Cristo, la sabiduría de Dios se ha hecho carne y habitó entre nosotros. Jesús es el *Logos*, es decir, la Palabra del Padre. Palabra encarnada que viene a enseñarnos la ternura y el cariño de Dios, el pensamiento y los criterios de Dios, el camino de realización humana y espiritual, de la justicia y paz. ¡Pero esta sabiduría de Dios en Cristo es signo de contradicción! Los sabios del mundo, los orgullosos de este mundo, no la aceptan; más bien, protestan y la rechazan. Por el contrario, los humildes se sientan a los pies de Cristo y aprenden esta sabiduría divina. Dios esconde sus misterios a los soberbios con ínfulas de sabios; y a los sencillos, se los revela (cf. Mt 11, 25-26). El apóstol Santiago nos dirá también en su carta las características de esta auténtica sabiduría: es pura, pacífica, dócil, comprensiva, piadosa, produce buenos resultados, no discrimina ni es mentirosa (3,17).

Resumamos: la sabiduría se encuentra en Jesús y con Jesús. Para obtenerla, es preciso ir a Jesús y seguirlo. **La sabiduría auténtica** y que viene de lo alto es la sabiduría de Dios en Cristo crucificado (1 Co 1, 24). La condición para hacerlo nos la da el evangelio de hoy: vender todo, es decir, renunciar a apoyarse en cualquier otra fuente de seguridad, sea material, como la riqueza; sea intelectual, porque las riquezas son un impedimento, que no hacen fácil el camino hacia el Reino de Dios. Además, cada uno de nosotros tiene sus riquezas, todo el mundo. Siempre hay una riqueza que nos impide caminar cerca de Jesús, para seguir a Cristo. ¡Aquí está la verdadera sabiduría! ¡En seguir a Jesús que es la auténtica riqueza, el sentido profundo de la vida, la felicidad que todos buscamos, la paz del corazón y el camino de la justicia y honestidad! En cambio, **los sabios de este mundo** se alían, en nombre de la sabiduría, para eliminar esta nueva sabiduría venida para desbaratar todos los planes y todos los valores, que privilegia



a los débiles, socava los poderes y predica libertad, sabiduría que está clavada en la cruz con dos palos: uno vertical que se eleva al Cielo para reconciliarnos con Dios, y se clava en la tierra para redimirla y sanarla. Y otro, horizontal, extendido a todos los puntos de la tierra, porque somos hermanos en Cristo, todos de la misma dignidad. ¿Quién entiende todo esto? Sólo los que tienen la verdadera sabiduría que emana de Cristo y este Crucificado.

Así nos dice la carta de Santiago: *“Si a alguno de ustedes le falta sabiduría, pídale a Dios, y la recibirá, porque él da a todos generosamente y sin reproches. Pero que pida con confianza y sin dudar...”* (1, 5-6). Otro ejemplo lo tenemos en santa Edith Stein, que escribió páginas profundas sobre la “ciencia de la Cruz”, recorrió hasta el fondo el camino hacia la *escuela de la Cruz*. Mediante la experiencia de la Cruz, Edith Stein pudo abrirse paso hacia *un nuevo encuentro con el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, Padre de nuestro Señor Jesucristo*. La fe y la cruz le revelaron su carácter inseparable. Y murió mártir en el campo de concentración nazi de Auschwitz por predicar la sabiduría auténtica.

Señor, hazme sabio para ti, aunque el mundo me considere necio. En tu cruz está la verdadera sabiduría que quiero aprender cada día y dar testimonio de ella.

El domingo pasado aprendimos dónde está la auténtica sabiduría. En este domingo, Jesús nos enseña dónde está la verdadera grandeza y liderazgo del seguidor de Cristo: en servir (evangelio), aunque esto suponga pruebas y sufrimientos (1ª y 2ª lectura).

El Evangelio narra que los discípulos van discutiendo por el camino acerca de quién de ellos es el más grande y se callan cuando Jesús les pregunta de qué estaban hablando. Se callan porque se avergüenzan de esa discusión: Sin duda que eran gente buena, que quería seguir al Señor, servir al Señor. Pero no sabían que el camino del servicio al Señor no era tan fácil, no era como enrolarse en una institución, una asociación de beneficencia, para hacer el bien: no, es otra cosa. Tenían temor por esto. Y después, la tentación de la mundanidad: desde el momento en que la Iglesia es Iglesia hasta hoy, esto ha sucedido, sucede y sucederá. Pero pensemos en las luchas en las parroquias, en los presbiterios: 'Yo quiero ser presidente de esta asociación, escalar un poco', '¿Quién es el más grande aquí? ¿Quién es el más grande en esta parroquia, en esta Diócesis? No, yo soy más importante que aquel, y aquel otro no porque ha hecho aquella cosa...', y allí, la cadena de los pecados".

La tentación es la de siempre: la prepotencia incontestable, al prestigio suntuoso, la influencia grandilocuente. La palabra de Jesús, avalada por su vida hasta el final, va por otros derroteros. Y los grandes santos como los grandes profetas de siempre, nos han ofrecido en su palabra y en sus acciones el mejor comentario a este Evangelio de hoy. No hacer como hacen los grandes de este mundo, los arribistas, los del poder, del poseer, del parecer y del placer, sino ser concretos en nuestro modo de servir, de dar la vida en cada tramo del camino, en cada gesto y situación: acoger, escuchar, ofrecer, perdonar, compartir, animar, vendar heridas interiores o externas, anunciar la Buena Noticia del buen Dios.

Madre Teresa de Calcuta dice que *"El fruto del silencio es la oración: El fruto de la oración es la fe. El fruto de la fe es el amor. El fruto del amor es el servicio. El fruto del servicio es la paz"*.

Y el Papa Francisco: *"no debemos olvidar nunca que el verdadero poder, en cualquier nivel, es el servicio, que tiene su vértice luminoso en la Cruz."*

Benedicto XVI: *si para el hombre, a menudo, la autoridad es sinónimo de posesión, de dominio, de éxito, para Dios la autoridad es siempre sinónimo de servicio, de humildad, de amor; quiere decir entrar en la lógica de Jesús que se abaja a lavar los pies a los Apóstoles (cf. Ángelus, 29 de enero de 2012);*

Romano Guardini escribe: "Toda la vida de Jesús es una traducción del poder en la humildad... es la soberanía que se abaja a la forma de siervo" (Il Potere, Brescia 1999, 141.142).

¿Cómo me comporto en el pequeño o gran territorio de mi autoridad familiar, profesional, eclesial: sirvo como Jesús o tiranizo y oprimo como los grandes de esta tierra? Miremos a Cristo, nuestro ejemplo supremo. No quiso prerrogativas, ni ambiciones. Se rebajó, se anonadó, se arrodilló y nos lavó los pies. Vino a servir, y no a ser servido. Sirvió a su Padre celestial. Sirvió a María y a José, sus padres aquí en la tierra. Sirvió a la humanidad, curando, alentando, dándoles de comer, predicándoles el mensaje de salvación. Nada quiso a cambio. Vino para dar la vida en rescate por todos. Jesús nos quiere como Él, por hoy nos dice: *"Sabén que los jefes de los pueblos los tiranizan... No será así entre ustedes, el que quiera ser grande entre ustedes, que sea su servidor, y el que quiera ser primero entre ustedes, que sea su esclavo"* (Mt 20, 25-27).



Podemos preguntarnos ¿Qué clase de autoridad predomina en mi vida de todos los días: la autoridad que puede ser autoritarismo o la autoridad que es ser autor, un servicio de amor para hacer crecer?. Que al ejercer en esta semana nuestra autoridad, seamos autores, es decir, tener y ser autores de vida, de servicio, y autores de amor para hacer crecer este libro hermoso que somos nosotros los humanos.

Que el Señor Jesús, por intercesión de María y José, nos libre de la ambición y de la tiranía en el trato con nuestros hermanos; ponga en nuestro corazón la humildad para que podamos servir a todos con desprendimiento, alegría y generosidad.

En el evangelio de este domingo (Mc 10, 46-52) leemos que, mientras el Señor pasa por las calles de Jericó, un ciego de nombre Bartimeo se dirige a él gritando con fuerte voz: “Hijo de David, ten compasión de mí”. Esta oración toca el corazón de Cristo, que se detiene, lo manda llamar y lo cura. El momento decisivo fue el encuentro personal, directo, entre el Señor y aquel hombre que sufría. Se encuentran uno frente al otro: Dios, con su deseo de curar, y el hombre, con su deseo de ser curado. Dos libertades, dos voluntades convergentes: “¿Qué quieres que te haga?”, le pregunta el Señor. “Que vea”, responde el ciego. “Vete, tu fe te ha curado”. Con estas palabras se realiza el milagro. Alegría de Dios, alegría del hombre.

Este milagro muestra nuestra condición de cristianos en camino: necesitamos la luz y, a la vez, estamos llamados a ser luz. El pecado nos hace ciegos. Necesitamos ser iluminados y repetir la súplica del ciego Bartimeo: “Maestro, que pueda ver” (Mc 10, 51). Haz que vea el pecado que me encadena, pero sobre todo, Señor, que vea tu gloria. Sabemos que nuestra oración ya ha sido escuchada y damos gracias porque, como dice San Pablo en su Carta a los Efesios, “Cristo será tu luz” (Ef 5,14), y San Pedro añade: “[Dios] los llamó a salir de la tiniebla y a entrar en su luz maravillosa” (1 P 2,9).

Veamos el camino del ciego hacia Jesús. La rutina del mendigo se rompe, y para siempre, cuando toma información y se entera que muy cerca de él pasa Jesús. Se da un proceso:

Primero, escucha el paso de Jesús; la fe viene por el oído; y de la ceguera pasa a la visión y de la marginalidad en el camino pasa a ser su activo peregrino.

Segundo, el grito de la fe: Bartimeo, reconociéndole como Mesías, clama misericordia. Su oración tiene como trasfondo la oración penitencial del Salmo 51 (“*miserere*”, ten piedad), pero también la promesa mesiánica de Isaías 35,2-5: “*se despegarán los ojos de los ciegos*”.

Tercero, superación de los obstáculos: además de sus dos primeras limitaciones, su ceguera y su pobreza, es reprimido para que se calle; él es imagen del que entra en el Reino despojado, abandonado con absoluta confianza en la presencia y la palabra de Jesús. El despojo es todavía más radical cuando hace dos gestos: arroja el manto y, dando un salto, va hacia Jesús. El manto es el mayor bien de un pobre, lo único que le queda (cf. Éxodo 22,25-26), es su cobija para la noche, su abrigo para el frío, su recipiente para la limosna. Su salto (¡inaudito para un ciego!) es un gesto de confianza total, expresión de apoyo en la palabra de Jesús. ¿Resultado? El ciego logra su objetivo: Jesús, se detiene ante él y lo llama. El encuentro personal comienza con una pregunta de Jesús: “¿Qué quieres que te haga?”. Y termina con la curación. Bartimeo ha cambiado completamente de situación: era ciego y ahora ve, estaba sentado al borde del camino y ahora está en el camino, estaba solo y ahora está con Jesús y su grupo. También podemos suponer que al recobrar la vista e incorporarse a la comunidad habrá dejado de mendigar. Y todo termina con el seguimiento a Jesús. Ahora Jesús tiene un nuevo discípulo, quien ha recibido el don de la vista y se caracteriza por su fe.

Y nosotros, ¿qué? san Gregorio Magno enseña a responder: “*Quien ignora el esplendor de la eterna luz, es ciego. Con todo, si ya cree en el Redentor, entonces ya está sentado a la vera del camino. Esto, sin embargo, no es suficiente. Si deja de orar para recibir la fe y abandona las imploraciones, es un ciego sentado a la vera del camino pero sin pedir limosna. Solamente si cree y, convencido de la tiniebla que le oscurece el corazón, pide ser iluminado, entonces será como el ciego que estaba sentado en la vera*”



del camino pidiendo limosna. Quienquiera que reconozca las tinieblas de su ceguera, quienquiera que comprenda lo que es esta luz de la eternidad que le falta, invoque desde lo más íntimo de su corazón, grite con todas las energías de su alma, diciendo: 'Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí' (Homil. in Ev. 2, 2.8).

Mi Señor, que yo vea con tus ojos, que yo vea el bien y su fecundidad en medio de tantas tinieblas. Que mis ojos de fe provoquen tu obrar misericordioso en beneficio de los pobres pecadores, de las almas. Padre mío, que mi alma se enriquezca con la luz de la fe que brote de unos ojos de fe... que yo vea... que yo te vea en todo y en todos... que mi fe me lance audazmente a confiar ciegamente esperándolo TODO de Ti...

La fiesta de todos los Santos (1 noviembre) y la conmemoración de todos los difuntos (2 noviembre) vienen a ponernos delante de los ojos la realidad del más allá. Más allá de la muerte, la vida continúa para cada uno de nosotros. Hemos sido creados para vivir eternamente con Dios en el cielo, que será una gracia de Dios y un premio a nuestra libre respuesta positiva. Cabe lógicamente la respuesta negativa por nuestra parte que nos apartaría de Dios para toda la eternidad. Eso es el infierno, donde no podremos amar nunca más.


Pero el plan de Dios es llevarnos consigo al cielo. La fiesta de todos los santos nos habla de esa felicidad preparada por Dios para cada uno y para todos. A veces pensamos que la santidad es hacer cosas extrañas, y no es así. La santidad es sencillamente ajustar nuestra vida a la voluntad de Dios. Dejarle a Dios que él vaya haciendo su obra en nosotros, no interrumpirle. Colaborar con él en la misión que nos encomienda. El pecado consiste precisamente en preferir la propia voluntad y capricho ante la voluntad de Dios.

Es muy bella la visión del Cielo que hemos escuchado en la primera lectura: el Señor Dios, la belleza, la bondad, la verdad, la ternura, el amor pleno. Nos espera todo esto. Quienes nos precedieron y están muertos en el Señor están allí. Ellos proclaman que fueron salvados no por sus obras —también hicieron obras buenas— sino que fueron salvados por el Señor: “La victoria es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero” (Ap 7, 10). Es Él quien nos salva, es Él quien al final de nuestra vida nos lleva de la mano como un papá, precisamente a ese Cielo donde están nuestros antepasados. Uno de los ancianos hace una pregunta: “Estos que están vestidos con vestiduras blancas, ¿quiénes son y de dónde han venido?” (v. 13). ¿Quiénes son estos justos, estos santos que están en el Cielo? La respuesta: “Estos son los que vienen de la gran tribulación: han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero” (v. 14).

En el Cielo podemos entrar sólo gracias a la sangre del Cordero, gracias a la sangre de Cristo. Es precisamente la sangre de Cristo la que nos justificó, nos abrió las puertas del Cielo. Y si hoy recordamos a estos hermanos y hermanas nuestros que nos precedieron en la vida y están en el Cielo, es porque ellos fueron lavados por la sangre de Cristo. Esta es nuestra esperanza: la esperanza de la sangre de Cristo. Una esperanza que no defrauda. Si caminamos en la vida con el Señor, Él no decepciona jamás.

Hemos escuchado en **la segunda Lectura** lo que el apóstol Juan decía a sus discípulos: “Miren qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce... Somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque **lo veremos tal cual es**” (1 Jn 3, 1-2). Ver a Dios, ser semejantes a Dios: ésta es nuestra esperanza. Y hoy, precisamente en el día de los santos y antes del día de los muertos, es necesario pensar un poco en la esperanza: esta esperanza que nos acompaña en la vida.

Los primeros cristianos pintaban la esperanza con un ancla, como si la vida fuese el ancla lanzada a la orilla del Cielo y todos nosotros en camino hacia esa orilla, agarrados a la cuerda del ancla.



Es una hermosa imagen de la esperanza: tener el corazón anclado allí donde están nuestros antepasados, donde están los santos, donde está Jesús, donde está Dios. Esta es la esperanza que no decepciona; hoy y mañana son días de esperanza.

Hoy es un día de esperanza. Nuestros hermanos y hermanas están en la presencia de Dios y también nosotros estaremos allí, por pura gracia del Señor, si caminamos por la senda de Jesús. Concluye el apóstol Juan: “Todo el que tiene esta esperanza en Él se purifica a sí mismo” (v.3). También la esperanza nos purifica, nos aligera; esta purificación en la esperanza en Jesucristo nos hace ir de prisa, con prontitud. **Hoy es un día de alegría,** pero de una alegría serena, tranquila, de la alegría de la paz. Pensemos en el ocaso de tantos hermanos y hermanas que nos precedieron, pensemos en nuestro ocaso cuando llegará. Y pensemos en nuestro corazón y preguntémosnos: “¿Dónde está anclado mi corazón?”. Si no estuviera bien anclado, anclémoslo allá, en esa orilla, sabiendo que la esperanza no defrauda porque el Señor Jesús no decepciona (Francisco *1 de noviembre de 2013*).

Que **esta hermosa aspiración nos anime a todos y nos ayude a superar todas las dificultades,** todos los temores, todas las tribulaciones. Hermanos y hermanas, pongamos nuestra mano en la mano materna de María, Reina de todos los santos, y **dejémonos guiar por ella hacia la patria celestial,** en compañía de los espíritus bienaventurados “de toda nación, pueblo y lengua” (Ap 7, 9). Y unamos ya en la oración el recuerdo de nuestros queridos difuntos, a quienes mañana conmemoraremos.


Señor, en el día de hoy, que recordamos y celebramos la memoria de todos los Santos, ayúdame a acercarme más a Ti. A ellos les ruego que pidan al Espíritu, me conceda los dones necesarios para ser mejor. No porque yo merezca algo, sino para que mi alabanza llegue a Ti, más plena. Señor, perdóname, Por mis faltas y pecados, por todo lo que podía haber hecho y no hice, por todo lo que podía haber servido y no serví, por todo lo que he desaprovechado. Dame tu bendición para que el resto de mi vida, sea fiel y caritativo, luz tuya y servidor de todos, según Tú me pidas en cada momento. Gracias, Señor, por Tu Misericordia conmigo. Amén.

“¡Llevamos el apellido de Dios!”

En la celebración de hoy, fiesta de Todos los Santos, sentimos particularmente viva la realidad de la comunión de los santos, nuestra gran familia, formada por todos los miembros de la Iglesia, tanto los que somos todavía peregrinos en la tierra, como aquellos inmensamente más, que ya la han dejado y se han ido al Cielo. Estamos todos unidos, todos, y esto se llama la comunión de los santos, es decir, la comunidad de todos los bautizados.

En la liturgia, el Libro del Apocalipsis se refiere a una característica esencial de los santos, y dice así: ellos son personas que pertenecen totalmente a Dios. Los presenta como una multitud inmensa de “elegidos”, vestidos de blanco y marcados por el “sello de Dios” (cfr 7,2-4.9-14). Mediante este último particular, con lenguaje alegórico, se subraya que los santos pertenecen a Dios de modo pleno y exclusivo, son su propiedad. Y ¿qué significa llevar el sello de Dios en la propia vida y en la propia persona? Nos lo dice también el apóstol Juan: significa que en Jesucristo nos hemos convertido verdaderamente en hijos de Dios (cfr 1 Jn 3,1-3).

¿Somos conscientes de este gran don? ¡Todos nosotros, hijos de Dios! ¿Recordamos que en el



Bautismo hemos recibido el “sello” de nuestro Padre celeste y nos hemos convertido en sus hijos? Para decirlo en modo simple: ¡llevamos el apellido de Dios! Nuestro apellido es Dios, porque somos hijos de Dios. ¡Aquí está la raíz de la vocación a la santidad! Y los santos que hoy recordamos son precisamente aquellos que han vivido en la gracia de su Bautismo, han conservado íntegro el “sello” comportándose como hijos de Dios, tratando de imitar a Jesús; y ahora han alcanzado la meta, porque finalmente “ven a Dios, así como Él es”.

Una segunda característica propia de los santos es que son ejemplos a imitar. Pero prestemos atención, no solo aquellos canonizados, sino también los santos, por así decir, “de la puerta de al lado”, que con la gracia de Dios se han esforzado por practicar el Evangelio en su vida ordinaria. No están canonizados. De estos santos nos hemos encontrado muchos también nosotros; quizás hemos tenido alguno en la familia, o bien entre los amigos y los conocidos. Debemos estarles agradecidos, y sobre todo debemos estar agradecidos a Dios que nos los ha dado, que nos los ha puesto cerca, como ejemplos vivos y contagiosos del modo de vivir y de morir en la fidelidad al Señor Jesús y a su Evangelio. Pero, ¡cuánta gente buena hemos conocido en la vida! Y conocemos. Y nosotros decimos: “pero esta persona es un santo”. Lo decimos, nos viene espontáneamente. Estos son los santos de “la puerta de al lado”, aquellos no canonizados pero que viven con nosotros.

Imitar sus gestos de amor y de misericordia es un poco como perpetuar su presencia en este mundo. Y, en efecto, aquellos gestos evangélicos son los únicos que resisten a la destrucción de la muerte: un acto de ternura, una ayuda generosa, un tiempo dedicado a escuchar, una visita, una palabra buena, una sonrisa... Ante nuestros ojos estos gestos pueden parecer insignificantes, pero a los ojos de Dios son eternos, porque el amor y la compasión son más fuertes que la muerte.

La Virgen María, Reina de Todos los Santos, nos ayude a confiar más en la gracia de Dios, para caminar con impulso en el camino de la santidad. A nuestra Madre confiamos nuestro compromiso cotidiano, y le rogamos también por nuestros queridos difuntos, en la íntima esperanza de reencontrarnos un día, todos juntos, en la comunión gloriosa del Cielo.

Dos de las lecturas de hoy –la primera y la tercera- tienen un protagonista idéntico: una *viuda*, es decir, aquella que, en la sociedad antigua toda basada en los hombres, es la persona socialmente más expuesta y más desprovista de prestigio y de recursos. Y sin embargo Cristo la pone como ejemplo de generosidad. También el salmo de hoy defiende a la *viuda*.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, veamos primero a esos *maestros de la ley*. Ya Cristo los atacó en el plano doctrinal; ahora lo hace en el plano de la vida práctica. Esas personas tan estimadas y admiradas por el pueblo esconden, bajo un comportamiento aparentemente irreprochable, dos defectos que hacen inútil cualquier acto de culto: vanidad y avaricia. Su *vanidad* queda bien resaltada con cuatro pinceladas que encuentran fácil confirmación en las fuentes judías. Su *avaricia* es singularmente grave por llevarles a la explotación de los más indefensos, las *viudas*, sirviéndose precisamente de su prestigio religioso. En lugar de ayudar a los pobres y necesitados, como mandaba ya Éxodo 22, 21, no dudan en aprovecharse de ellos descaradamente, recurriendo a una devoción ostentosa, hecha como espectáculo, para atraer la admiración y la estima de la gente. Nada puede haber más corrupto y abominable que un comportamiento hipócritamente religioso en función de una ambición sin escrúpulos. Vanidad y avaricia no sólo son dos actitudes que vician cualquier acto de culto, sino las actitudes que Jesús ha condenado varias veces: en vez de reivindicar privilegios y honores, deberían hacerse los últimos y los servidores de todos; en lugar de oprimir y explotar a los indefensos, deberían compartir con los indigentes sus propias riquezas. Pero nada de eso hacían.

En segundo lugar, veamos ahora a la *viuda*. Jesús quiere que sus discípulos graben bien en su memoria la lección de esta pobre viuda. Se acerca temblorosa al cepillo del templo –¡ejemplo de humildad, piedad y reverencia ante Dios y las cosas de Dios!-. No atreviéndose a hablar, con un gesto bien elocuente nos da un ejemplo de lo que debe ser el verdadero acto de culto: deposita sus dos únicas monedas –¡ejemplo de generosidad!-. Sus dos únicas monedas llevan el sello de ese don total que exige el primer mandamiento y que reclama todo verdadero acto de culto. El encuentro con Dios no se consigue a través de unos ritos externos, más o menos suntuosos y vistosos, sino a través de esos gestos sencillos y silenciosos, que pueden pasar incluso desapercibidos, pero en los cuales deposita el hombre todas sus seguridades para abandonarse por completo a las manos de Dios. Lo que cuenta es un corazón generoso, desprendido y confiado en la acción divina, ya que Dios no se fija tanto en lo que damos, cuanto en lo que reservamos para nosotros. Para Cristo vale más la interioridad del corazón de esta *viuda* que los ademanes ampulosos de los farsantes.

Finalmente, ahora es el momento de mirar *nuestro corazón*. A todos nos gustan los primeros lugares, que nos alaben y que nos tengan por importantes y santos. A todos nos atrae el dinero. Nos gusta llamar la atención. Nos dejamos engañar por las apariencias. Valoramos a los demás por lo que tienen, no por lo que son. De ordinario tendemos a dar de lo que nos sobra, pues no queremos correr el riesgo de un futuro desconocido, sin ninguna seguridad. Damos rápido, tal vez, una pequeña limosna, para salir al paso...pero entregarnos a nosotros mismos, nuestro tiempo, nuestro trabajo, nuestro amor, dar de lo que necesitamos... ¡ya es otra cosa! Curiosamente después de llevar al altar en la santa misa el pan y el vino para la Eucaristía, lo único que la introducción al misal permite llevar, no son ofrendas pintorescas, más o menos simbólicas, sino “*dinero u otras donaciones para los pobres o para la iglesia*” (Instrucción General Misal Romano 73). También dice lo siguiente: en la Eucaristía no sólo “*ofrecen la víctima inmaculada, sino*



que aprendan a ofrecerse a sí mismo” (Instrucción General Misal Romano 79). Dios no se dejará ganar en generosidad, si somos como esas buenas mujeres *viudas* que, desde su pobreza, y fiándose de Él, lo dan todo; si somos capaces de correr la aventura de dar lo último que poseemos, Dios nos alabará.

Para reflexionar: ¿A quién me parezco: a esos vanidosos y avaros maestros de la ley? o ¿a esa *viuda* generosa y humilde? ¿Me avergüenza ver que Jesús está cerca de los pobres? Hoy, ¿a quiénes se suelen dar los créditos: a los que tienen o a los que necesitan?

Para rezar: Señor Jesús, que conoces todos nuestros gestos y nuestras intenciones más ocultas, renuévanos por dentro, para que seamos agradables a tus ojos. Amén.

Al final de año litúrgico, la palabra de Dios nos hace pensar en tiempos futuros. El profeta con esta visión quiere infundir ánimos a sus lectores para que permanezcan fieles a su fe en medio de un ambiente paganizado. Los seguidores de Jesús serán vencedores en la batalla del bien y del mal: “entonces se salvará tu pueblo” y los que hayan sido fieles “brillarán como el fulgor del firmamento, como las estrellas, por toda la eternidad”.

El salmo también nos invita a una actitud de energía y confianza: “tengo siempre presente al Señor, con él a mi derecha jamás vacilaré, no me entregarás a la muerte ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción”.

San Marcos pone en labios de Jesús un discurso escatológico, referente al final de los tiempos... Lo más importante es que descubramos en este pasaje que Jesús anuncia la victoria y la salvación: verán venir al Hijo del hombre con gran poder y majestad... saber el tiempo de estos acontecimientos no es importante...lo importante es estar atentos a los signos de los tiempos.

Todo esto nos lleva a pensar en el fin del mundo y en nuestro final y principio personal. Es de sabios mirar al final del viaje, hacia lo que nos espera en el futuro.


Nuestro futuro ya está aquí en nosotros; no nos preocupe lo que suceda el último día, sino lo que ya está sucediendo hoy en cada uno de nosotros. En el hoy se construye nuestro futuro de salvación y victoria: en nuestra vida de intimidad que llevamos en el amor del Padre, en la salvación de Jesús y en la vida del Espíritu santo, en la imitación diario de María.

Hoy contemplemos con confianza a este Cristo glorioso: el que vendrá como Juez es el mismo que hoy está con nosotros y camina a nuestro lado...a quien recibimos en la Eucaristía, el que hoy nos habla al corazón en su Palabra...

Las lecturas de hoy, antes que nada, nos anuncian la salvación. Eso sí invitándonos a la vigilancia y a tomar en serio nuestra existencia. Para que estemos siempre preparados al encuentro con Aquel que nos ama, que dio la vida por mí, y me acompaña, en mi caminar. Cada celebración es un encuentro con Jesús, signo y condición del encuentro eterno...Desde hoy me enseñas el sendero de la vida y me sacias de gozo en tu presencia...Después te gozaré en plenitud. Por Esto los primeros cristianos después de haber escuchado estos discursos que también nosotros hemos escuchado, se ponían tranquilamente a rezar y a invocar: “*Maranatha: Ven, Señor Jesús*”.

¿Qué hacer? No olvidar que nuestra vida es una peregrinación. Quien peregrina tiene siempre en cuenta, no sólo por dónde va, sino también a dónde se dirige, cuál es la meta de su viaje. Igual que un deportista mira desde el comienzo la meta, o el estudiante, el examen final. ¿Qué hacer? Si nuestra meta es el cielo y la compañía con Dios y los santos, entonces tenemos que vigilar seriamente nuestros pasos, nuestros pensamientos, nuestros afectos, para no perder el rumbo del camino. Debemos tener todo preparado para que el Señor nos encuentre dignos de ser admitidos en su Reino. Debemos mirar con respeto y confianza a ese Cristo glorioso que viene a juzgar a todos. Ese juez es el mismo en quien creemos, a quien escuchamos en la proclamación del evangelio, a quien intentamos seguir, a quien recibimos en la Eucaristía. Estas lecturas no quieren llenarnos de angustia, sino que nos están anunciando la victoria y la salvación.

Meditemos en estas palabras de San Francisco de Sales: “*vivir cada día de nuestra vida como si fuera el último día de nuestra vida en la tierra*”. ¿Vivimos así? ¿O más bien evadimos pensar en esa realidad, tan cierta como segura, del final de nuestra existencia –vamos a morir- o del final de los tiempos,



-Cristo vendrá-? ¿O tal vez pensamos que luego nos arreglaremos, que mientras tanto mejor es gozar y vivir como nos venga en gana? ¡Nos estamos jugando nada menos que nuestro destino para toda la eternidad!

Hagamos oración esto que nos dice san Pablo: *“que el Señor conserve nuestros corazones irreprochables en la santidad ante Dios, nuestro Padre, hasta el día en que venga nuestro Señor Jesús en compañía de todos sus santos”* (1 Ts 3, 12-4,2). O lo que nos dice Lucas: *“Velen y hagan oración continuamente, para que puedan escapar de todo lo que ha de suceder y comparecer seguros ante el Hijo del Hombre”* (21, 36).

Celebramos hoy, último domingo del año litúrgico, la solemnidad de nuestro Señor Jesucristo, Rey del universo. Sabemos por los Evangelios que Jesús rechazó el título de rey cuando se entendía en sentido político, al estilo de los 'jefes de las naciones' (cf. *Mt* 20, 25). En cambio, durante su Pasión, reivindicó una singular realeza ante Pilato, que lo interrogó explícitamente: ¿"Tú eres rey?", y Jesús respondió: "Sí, como dices, soy rey" (*Jn* 18, 37); pero poco antes había declarado: "Mi reino no es de este mundo" (*Jn* 18, 36).

El Evangelio de hoy nos presenta un pasaje del dramático interrogatorio al que sometió Poncio Pilato sometió a Jesús, cuando se lo entregaron con la acusación de haber usurpado el título de «rey de los judíos». A las preguntas del gobernador romano, Jesús respondió afirmando que era rey, pero no de este mundo (Cf. Juan 18, 36). No vino a dominar los pueblos y territorios, sino a liberar a los hombres de la esclavitud del pecado y reconciliarles con Dios. Y añadió: "Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz" (Juan 18, 37).


Pero, ¿cuál es la 'verdad' que Cristo vino a testimoniar al mundo? Toda su existencia revela que Dios es amor: esta es, por tanto, la verdad de la que dio pleno testimonio con el sacrificio de su misma vida en el Calvario. La Cruz es el 'trono' desde el que manifestó la sublime realeza de Dios Amor: entregándose en expiación por el pecado del mundo, derrotó al dominio del 'príncipe de este mundo' (Juan 12, 31) e instauró definitivamente el Reino de Dios. Reino que se manifiesta en plenitud al final de los tiempos, después de que todos los enemigos, y por último la muerte, hayan sido sometidos (Cf. 1 Corintios 15, 25-26).

Entonces, el Hijo entregará el Reino al Padre y finalmente Dios será 'todo en todos' (1 Corintios 15, 28). El camino para llegar a esta meta es largo y no es posible tomar atajos: es necesario que toda persona acoja libremente la verdad del amor de Dios. Él es Amor y Verdad, y tanto el amor como la verdad no se imponen nunca: tocan a la puerta del corazón y de la mente y, allí donde pueden entrar, ofrecen paz y alegría. Esta es la manera de reinar de Dios; este es su proyecto de salvación, un «misterio», en el sentido bíblico del término, es decir, un designio que se revela poco a poco en la historia" (Benedicto XVI 26 de noviembre de 2006)

Por consiguiente, El 'poder' de Jesucristo Rey no es el poder de los reyes y de los grandes de este mundo; es el poder divino de dar la vida eterna, de librar del mal, de vencer el dominio de la muerte. Es el poder del Amor, que sabe sacar el bien del mal, ablandar un corazón endurecido, llevar la paz al conflicto más violento, encender la esperanza en la oscuridad más densa. Este Reino de la gracia nunca se impone y siempre respeta nuestra libertad. Cristo vino 'para dar testimonio de la verdad' (*Jn* 18, 37) —como declaró ante Pilato—: quien acoge su testimonio se pone bajo su 'bandera'.

Por lo tanto, es necesario -esto sí- que cada conciencia elija: ¿a quién quiero seguir? ¿A Dios o al maligno? ¿La verdad o la mentira? Elegir a Cristo no garantiza el éxito según los criterios del mundo, pero asegura la paz y la alegría que sólo él puede dar. Lo demuestra, en todas las épocas, la experiencia de muchos hombres y mujeres que, en nombre de Cristo, en nombre de la verdad y de la justicia, han sabido oponerse a los halagos de los poderes terrenos con sus diversas máscaras, hasta sellar su fidelidad con el martirio.

La Virgen María está asociada de una manera sumamente particular a la realeza de Cristo. Dios le pidió a ella, humilde jovencita de Nazaret, que se convirtiera en la Madre del Mesías, y María correspondió



a esta llamada con todo su ser, uniendo su 'sí' incondicional al del Hijo Jesús, haciéndose con Él obediente hasta el sacrificio. Por este motivo, Dios la exaltó por encima de toda criatura y Cristo la coronó Reina del Cielo y de la tierra... Confiamos cada familia, toda nuestra parroquia a su intercesión para que el amor de Dios pueda reinar en todos los corazones y se cumpla su designio de justicia y de paz.

Y como respuesta que bonito, que nosotros pudiéramos rezar como san Ignacio de Loyola, no con la mente, sino con el corazón: "Toma, Señor, y recibe toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer. Tú me lo diste, a ti, Señor, lo torno. Todo es tuyo. Dispón de todo según tu voluntad. Dame tu amor y tu gracia, que ésta me basta. Amén".

'La fuerza del reino de Cristo es el amor'

En este último domingo del año litúrgico, celebramos la solemnidad de Cristo Rey. Y el Evangelio de hoy nos hace contemplar a Jesús mientras se presenta ante Pilatos como rey de un reino que "no es de este mundo". Esto no significa que Cristo sea rey de otro mundo, sino que es rey de otro modo, pero es rey en este mundo.

Se trata de una contraposición entre dos lógicas. La lógica mundana se apoya en la ambición, en la competición, combate con las armas del miedo, del chantaje y de la manipulación de las conciencias. La lógica del Evangelio, es decir, la lógica de Jesús, en cambio se expresa en la humildad y en la gratuidad, se afirma silenciosamente pero eficazmente con la fuerza de la verdad. Los reinos de este mundo a veces se sostienen con prepotencias, rivalidades, opresiones; el reino de Cristo es un "reino de justicia, de amor y de paz".

Jesús se ha revelado rey, ¿cuándo? ¡En el evento de la Cruz! Quien mira a la Cruz de Cristo no puede no ver la sorprendente gratuidad del amor. Pero alguno de vosotros puede decir: "Pero padre, ¡esto ha sido un fracaso!" Es precisamente en el fracaso del pecado, que el pecado es un fracaso. En el fracaso de las ambiciones humanas, ahí está el triunfo de la Cruz, está la gratuidad del amor. En el fracaso de la Cruz, se ve el amor. Y este amor que es gratuito, que nos da Jesús.

Hablar de potencia y de fuerza, para el cristiano, significa hacer referencia a la potencia de la Cruz y a la fuerza del amor de Jesús: un amor que permanece firme e íntegro, incluso ante el rechazo, y que se muestra como el cumplimiento de una vida gastada en la total entrega de sí en favor de la humanidad. En el Calvario, los transeúntes y los jefes se burlan de Jesús clavado en la Cruz, y le lanzan el desafío: "¡Sálvate a ti mismo bajando de la Cruz! ¡Sálvate a ti mismo!".

Pero paradójicamente la verdad de Jesús es precisamente aquella que en tono de ironía le lanzan sus adversarios: "¡No puede salvarse a sí mismo!". Si Jesús hubiera bajado de la cruz, habría cedido a las tentaciones del príncipe de este mundo; en cambio Él no puede salvarse a sí mismo precisamente para poder salvar a los demás, porque precisamente ha dado su vida por nosotros, por cada uno de nosotros. Pero decir: "Jesús ha dado su vida por el mundo", es verdad. Pero es más hermoso decir: "¡Jesús ha dado su vida por mí!" Y hoy, en la Plaza, cada uno de nosotros diga en su corazón: "Ha dado su vida por mí, para poder salvar a cada uno de nosotros de nuestros pecados".

Y esto, ¿quién lo ha entendido? Lo ha entendido bien uno de los dos malhechores que son



crucificados con Él, llamado el “buen ladrón”, que Le suplica: “Jesús, acuérdate de mí cuando entres en tu Reino”. Pero este era un malhechor, era un corrupto, y estaba precisamente allí, condenado a muerte por todas las brutalidades que había cometido en su vida... Pero ha visto en el comportamiento de Jesús, en la mansedumbre de Jesús, el amor. Y esta es la fuerza del reino de Cristo, el amor.

Por esto la majestad de Jesús no nos oprime, sino que nos libera de nuestras debilidades y miserias, animándonos a recorrer los caminos del bien, de la reconciliación y del perdón. Miremos la Cruz de Jesús, miremos al “buen ladrón”, y digamos todos juntos lo que ha dicho el “buen ladrón”: “Jesús, acuérdate de mí cuando entres en tu Reino”. Juntos: “Jesús, acuérdate de mí cuando hayas entrado en tu Reino”. Y pedir a Jesús cuando nos sintamos débiles, pecadores, derrotados, que nos mire y decir: “Pero, Tú estás ahí. No te olvides de mí”.

Frente a tantas laceraciones en el mundo y demasiadas heridas en la carne de los hombres, pidamos a la Virgen María que nos sostenga en nuestro compromiso de imitar a Jesús, nuestro rey, haciendo presente su reino con gestos de ternura, de comprensión y de misericordia.


Comenzamos el Adviento, tiempo de espera para recordar el evento más grande ocurrido en la historia: la venida de Dios al mundo mediante la Encarnación. La primera venida en Belén fue en la sencillez y humildad. La segunda y última se verá precedida por signos y señales. Por eso nos urge prepararnos con buenas obras buenas y como conviene (2ª lectura) para recibir ambas venidas: a Cristo recostado en el pesebre y a Cristo al final de los tiempos. Es verdad, vivimos en tensión entre la venida del pasado y la del futuro, no por huir del hoy, sino porque es de sabios tener en cuenta de dónde venimos y adónde vamos.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, mucho me temo que no nos tocará presenciar sentados en el suelo el grandioso espectáculo de este evangelio de Lucas que nos habla del futuro del mundo. Falta mucho para la función. Antes tienen que ocurrir tres cosas, que llevan ya muchos siglos sin cumplirse: *primera*, la predicación del Evangelio en todo el mundo (cf. Mt 24, 14); *segunda*, la apostasía de las naciones evangelizadas (cf. 2 Tes 2, 3) y *tercera*, la conversión de los judíos al Evangelio (Eccli 48, 1-11; Rm 11, 1-12; 9, 4-5). A continuación, el fin del mundo. ¿Se han cumplido esas tres cosas? No. Tantas naciones que no conocen todavía el evangelio. Es verdad, hay apostasías aquí o allá de individuos, pero no de todas las naciones enteras. Por supuesto, algunos judíos, gracias a Dios, se han convertido, pero no todos. Por tanto, aquellos profetas de desgracias que predicaban el fin inmediato del mundo no tienen fundamento. Falta, falta. Dios es rico en misericordia y nos da tiempo para prepararnos a fondo para esta su última venida gloriosa con obras buenas y rectas. La intención de Jesús, por tanto, no es catastrófica, sino al contrario, de esperanza: su venida debe producir alegría y confianza, pues se acerca nuestra total liberación.

En segundo lugar, será Jeremías en la segunda lectura quien, siglos antes de Cristo, y en medio de circunstancias trágicas para su pueblo, también anunció palabras de esperanza: “Dios nos enviará un Salvador”. El profeta anuncia la salvación y la paz para todos, que se realizó en Cristo Jesús. ¡Fuera por tanto el miedo! Nos hace bien mirar hacia delante con valentía y seguir caminando con esta esperanza que es Cristo Jesús. Despiertos y en pie (evangelio), porque encontraremos ladrones en el camino que nos querrán asaltar. Despiertos, para que no se nos embote la mente con el vicio, la bebida y la preocupación del dinero. El Adviento es un excelente despertador, porque tendemos a dormirnos, a caer en la pereza, bloqueados por mil preocupaciones de esta vida, y no tenemos enchufado el “wifi” hacia los valores del espíritu para poder crecer en este Adviento en virtudes y obras buenas de caridad, justicia, solidaridad, buscando a nuestro hermano necesitado, descartado, arrinconado, discriminado, herido...y transmitirle la ternura de Dios traída e infundida por Cristo a nuestros corazones desde el día del bautismo.

Finalmente, comencemos el Adviento de la mano de María Santísima, madre de la esperanza. Ella también tuvo su Adviento. Ella guardó durante nueve meses ver con sus propios ojos a Aquel en quien creía y de quien lo esperaba todo. ¡Cuántas obras buenas no hizo María durante ese primer Adviento, sintetizadas en los tres meses en que sirvió a su prima Isabel, que estaba en cinta y necesitada de unas manos disponibles, de unos ojos abiertos, de unos labios piadosos! Por eso, la Iglesia y cada uno de nosotros, debemos mirar a María y unirnos a Ella para aprender a esperar. María es la Madre de la esperanza. No sólo nos ha de disponer convenientemente para aguardar al Niño, sino que también nos ha de preparar adecuadamente de modo que estemos prevenidos para su segunda venida, con el corazón custodiado por esta Madre. Aguardemos todos de la mano de esta Madre la consumación de los siglos y



la segunda venida del Señor. Así Cristo nos reconocerá que somos de los suyos porque tenemos la marca de la Madre María, que es su Madre y nuestra Madre.

Para reflexionar: ¿Qué cosas debilitan mi esperanza? ¿Qué hago para superarlas? ¿Qué es lo que habitualmente afirma mi esperanza cristiana? ¿Recurso a ella en mis momentos de dificultad? ¿Cómo puedo prepararme mejor en este Adviento? ¿Qué obras buenas, concretas estoy dispuesto a hacer en este tiempo de gracia?

Para rezar: María, camina cerquita mío en este Adviento. Acompáñame, madre buena, fortalece mi esperanza para que sea el motor de mi entrega, el pozo donde beber para seguir adelante, el refugio donde descansar y retomar fuerzas. Anuda mi esperanza al proyecto del Padre. Dame firmeza y hasta tozudez para seguir adelante. Llena mi corazón de la esperanza que libera para vivir el amor solidario. Lo que se espera se consigue con esfuerzo, con trabajo y con la vida. Me confío en tus manos, Madre del Adviento, para que me hagas fuerte en la fe, comprometido en la solidaridad y firme, muy firme, en la esperanza del Reino. Amén.


Adviento, tiempo de esperanza

Hoy, primer domingo de Adviento, la Iglesia inicia un nuevo Año litúrgico, un nuevo camino de fe que, por una parte, conmemora el acontecimiento de Jesucristo, y por otra, se abre a su cumplimiento final. Precisamente de esta doble perspectiva vive el tiempo de Adviento, mirando tanto a la primera venida del Hijo de Dios, cuando nació de la Virgen María, como a su vuelta gloriosa, cuando vendrá a “juzgar a vivos y muertos”, como decimos en el Credo.

Podríamos decir que el Adviento es el tiempo en el que los cristianos deben despertar en su corazón la esperanza de renovar el mundo, con la ayuda de Dios. A este propósito, quisiera recordar también hoy la constitución *Gaudium et spes* del concilio Vaticano II sobre la Iglesia en el mundo actual: es un texto profundamente impregnado de esperanza cristiana. Me refiero, en particular, al número 39, titulado “Tierra nueva y cielo nuevo”. En él se lee: “La revelación nos enseña que Dios ha preparado una nueva morada y una nueva tierra en la que habita la justicia (cf. 2 Co 5, 2; 2 P 3, 13). (...) No obstante, la espera de una tierra nueva no debe debilitar, sino más bien avivar la preocupación de cultivar esta tierra”. En efecto, recogeremos los frutos de nuestro trabajo cuando Cristo entregue al Padre su reino eterno y universal.

La Iglesia se prepara para la Navidad de un modo totalmente particular. Nos recuerda el mismo acontecimiento que ha presentado recientemente al final del año litúrgico. Esto es, nos recuerda el día de la venida última de Cristo. Viviremos de manera justa la Navidad, es decir, la primera venida del Salvador, cuando seamos conscientes de su última venida “con poder y majestad grandes” (Lc 21, 27), como declara el Evangelio de hoy. En este pasaje hay una frase sobre la que quiero llamar vuestra atención: “Los hombres exhalarán sus almas por el terror y el ansia de lo que viene sobre la tierra” (Lc 21, 26).

El tiempo del fin del mundo nadie lo conoce, “sino sólo el Padre” (Mc 13, 32); y por esto de ese miedo que se transmite a los hombres de nuestro tiempo, no deduzcamos consecuencia alguna por cuanto se refiere al futuro del mundo. En cambio, está bien detenerse en esta frase del Evangelio de hoy. Para vivir bien el recuerdo del nacimiento de Cristo, es necesario tener muy clara en la mente la verdad sobre la venida última de Cristo; sobre ese adviento último. Y cuando el Señor Jesús dice: “Estén



atentos... de repente vendrá aquel día sobre ustedes como un lazo” (Lc 21, 34), entonces justamente nos damos cuenta de que El habla aquí no sólo del último día de todo el mundo humano, sino también del último día de cada hombre. Ese día que cierra el tiempo de nuestra vida sobre la tierra y abre ante nosotros la dimensión de la eternidad, es también el Adviento. En ese día vendrá el Señor a nosotros, como redentor y juez.

Así, pues, como vemos, es múltiple el significado del Adviento, que, como tiempo litúrgico, comienza con este domingo. Pero parece que sobre todo el primero de los cuatro domingos de este período quiere hablarnos con la verdad del ‘pasar’, a que están sometidos el mundo y el hombre en el mundo. Nuestra vida en el mundo es un pasar, que inevitablemente conduce al término. Sin embargo, la Iglesia quiere decirnos —y lo hace con toda perseverancia— que este pasar y ese término son al mismo tiempo adviento: no sólo pasamos, sino que al mismo tiempo nos preparamos. Nos preparamos al encuentro con El.

La verdad fundamental sobre el Adviento es, al mismo tiempo, seria y gozosa. **Es seria**: vuelve a sonar en ella el mismo ‘velen’ que hemos escuchado en la liturgia de los últimos domingos del año litúrgico. Y es, al mismo tiempo, **gozosa**: efectivamente, el hombre no vive “en el vacío” (la finalidad de la vida del hombre no es “el vacío”). La vida del hombre no es sólo un acercarse al término, que junto con la muerte del cuerpo significaría el aniquilamiento de todo el ser humano. El Adviento lleva en sí la certeza de la indestructibilidad de este ser. Si repite: “Velen y oren...” (Lc 21, 36), lo hace para que podamos estar preparados a “comparecer ante el Hijo del hombre” (Lc 21, 36).

Y por eso la ardiente llamada de San Pablo en la segunda lectura de hoy: la llamada a potenciar el amor, a hacer firmes e irreprensibles nuestros corazones en la santidad; la invitación a toda nuestra manera de comportarnos (en lenguaje de hoy se podría decir “a todo el estilo de vida”), a la observancia de los mandamientos de Cristo. El Apóstol enseña: si debemos agradar a Dios, no podemos permanecer en el estancamiento, debemos ir adelante, esto es, “para adelantar cada vez más” (1 Tes 4, 1).

María santísima, Virgen del Adviento, nos obtenga vivir este tiempo de gracia siendo vigilantes y laboriosos, en espera del Señor.

Preparen el camino del Señor

En este segundo domingo de Adviento, en medio de la celebración resuena la voz del que va delante, del ‘mensajero’. El ‘heraldo’ que grita en el desierto: ‘Preparen el camino del Señor’. Su eco atraviesa la historia y se oye en medio de la asamblea, como si ella se invitara a sí misma, como si actualizáramos la escena y el personaje.

La figura de Juan el Bautista aparece en este domingo como la señal de la llegada de la salvación de Dios. Preparar el camino del Señor significa entrar en comunión con él. Es hacer que nuestra vida y que nuestro mundo, se aproximen a lo que Jesús espera y quiere de nosotros, “allanen sus senderos... que lo torcido se enderece, lo escabroso se iguale” (evangelio). Juan llamaba a la conversión, al arrepentimiento de los pecados, con vistas a la llegada del Reino de Dios: “Conviértanse, que se acerca el Reino de los cielos” (Mt 3,1). Esto quiere ser el adviento, un retorno a Dios.

“Preparad el camino del Señor”, Esta invitación se encuentra en una antigua profecía de Isaías, que San Lucas aplica al Bautista y a su misión: “Una voz grita en el desierto: Preparen el camino del Señor, allanen sus senderos” (Evangelio). San Juan Bautista es aquella voz que exhorta al pueblo de Israel a prepararse ante la llegada inminente de aquel a quien Dios había prometido enviar para la salvación de su pueblo.

La invitación a preparar el camino es un llamado a la conversión. Esta expresión encuentra su correspondencia en la palabra griega *metánoia*. El Bautista, usando como figura la costumbre de “allanar los caminos” al rey, invita a un cambio interior, a disponer las mentes y los corazones para recibir adecuadamente al Mesías que está próximo a llegar. Por “camino” se entiende metafóricamente la conducta del ser humano, sus opciones éticas. Los senderos que deben ser allanados son los caminos de la propia vida moral. Como signo visible de un compromiso al cambio de vida el Bautista ofrece “un bautismo de conversión para el perdón de los pecados”.

El eco de la predicación del Bautista llega hasta nosotros en este segundo Domingo de Adviento. El Precursor, que recibió de Dios la misión de preparar al pueblo elegido para la venida del Salvador prometido, nos renueva también hoy el llamado a la conversión, a disponer los corazones para salir al encuentro del Señor que viene.

Para acoger al Señor es necesario enderezar las sendas torcidas y allanar los caminos. La buena obra de nuestra reconciliación, iniciada por Dios en cada uno de nosotros, no debe detenerse ni descuidarse ningún día. Debe avanzar y progresar hasta que alcancemos la plena madurez de Cristo, de tal modo que cada cual pueda repetir con el Apóstol: “vivo yo, más no yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Gál 2,20).

La necesaria preparación consiste en “abajar los montes y colinas”, es decir, quitar todo obstáculo del camino que conduce a la santidad, despojarnos de todo lo que retarda o impide la llegada del Señor a nuestros corazones. Por otro lado, consiste asimismo en “rellenar los valles y abismos”, es decir, en revestirnos de las virtudes que apresuran la llegada del Señor a nuestra casa.

¿De qué debemos despojarnos y de qué debemos revestirnos? Debo despojarme de la impaciencia con que suelo tratar a algunas personas y revestirme de paciencia y de un trato más



afable; debo despojarme del egoísmo y apego a los bienes materiales para revestirme de actitudes de generosidad y desprendimiento; debo despojarme de la búsqueda desordenada de mi propia satisfacción sensual para revestirme de actitudes que custodien la pureza y castidad; debo despojarme de la insensibilidad frente a las necesidades del prójimo y revestirme de la solidaridad concreta; debo despojarme de los chismes, de la difamación, de palabras desedificantes o groseras para revestirme de un silencio reverente y de palabras que busquen siempre la edificación del prójimo; debo despojarme de resentimientos y rencores para revestirme de sentimientos de perdón y misericordia con quien me ha ofendido.

Si de verdad quieres que el Señor venga a ti y permanezca en tu casa, limpia tu corazón de todo aquello que es obstáculo para que Él venga y permanezca en ti, revístete de Cristo mismo cada día, de su justicia, de su caridad, de su paciencia, de todas las virtudes que ves brillar en Él.

“Alégrate y gózate en tu corazón...”

El Adviento invita a todos los bautizados a la vigilancia, a preparar el camino al Señor, a una mayor conversión porque Él viene, porque “el Señor está cerca”. La presencia ya cercana del Señor ha de ser al mismo tiempo la causa de una alegría creciente, de una alegría intensa para el creyente. Es a esa alegría a la que invita el apóstol Pablo cuando escribe a los filipenses: “Estén siempre alegres en el Señor; se lo repito, estén alegres... El Señor está cerca”.

Tomar conciencia de la venida y presencia ya cercana del Señor no sólo es causa de una alegría creciente, sino que mueve espontáneamente a la preparación: quien espera, al tiempo que se alegra pensando ya en el momento del encuentro, dispone todo para que ese encuentro se dé plenamente, para que sea un momento intenso. El Bautista era aquella “voz del desierto” que llamaba a sus contemporáneos a preparar el camino al Señor, a cambiar de conducta, a convertirse del mal. Con su predicación movía los corazones al arrepentimiento, suscitando el deseo de cambio en sus vidas. Muchos, al escuchar su encendida prédica, se acercaban a él para preguntarle: “¿Qué hemos de hacer?” (Lc 3,10). ¿Qué acciones concretas debemos realizar? La conversión exige obras justas según la condición de cada cual, su propia función en la sociedad.


Juan a esas preguntas sobre el cambio de vida, les contesta con tres cosas, que garantiza la alegría y la paz:

- 1) -Generosidad. “El que tenga dos túnicas que se las reparta con el que no tiene”.
- 2) -Sentido de justicia y honradez. “No exijan más de lo establecido... no hagan extorsión”.
- 3) -Dejarse invadir por Jesús. “El los bautizará con Espíritu Santo y fuego”.

El Bautista causó una fuerte conmoción en Israel con su figura profética así como por el anuncio de la cercanía del Reino de Dios. Su autoridad era grande, al punto que muchos se preguntaban si él no sería el Mesías (ver Lc 3,5ss). Él responderá con toda humildad, muy consciente de su propia identidad y misión: “Yo los bautizo con agua; pero viene uno que puede más que yo... Él los bautizará con Espíritu Santo y fuego” (Lc 3, 16). No es Él el Mesías, sino el precursor, aquel que va preparando el camino a Aquel que viene.

Juan llama a la conversión, al cambio de vida, a abandonar el sendero que conduce a la muerte y recorrer el camino que conduce a la Vida. Muchos al escucharlo se estremecen y profundamente cuestionados por su predicación acogen su llamado y le preguntan: “¿qué debemos hacer?”. El reconocimiento humilde de los pecados cometidos, el verdadero arrepentimiento lleva a un serio propósito de enmienda, a querer cambiar de conducta y poner medios concretos y proporcionados. Quien se toma en serio la invitación a la conversión se dispone con todo su ser a la acción en la línea del recto obrar, a procurar seriamente la adquisición de las virtudes que resplandecen en el Señor Jesús y en su Santa Madre.

“¿Qué debo hacer?”. Esa es también la pregunta que continuamente debemos dirigirle al Señor y a aquellos que el Señor pone en nuestro camino para ayudarnos a preparar el camino del corazón al Señor.



¡Qué importante es escuchar al Señor, sus enseñanzas! ¡Qué importante, también, buscar el consejo de personas experimentadas en el camino de la vida cristiana, de hombres o mujeres sabios y prudentes, llenos de Dios e inspirados por el Espíritu!

Recurrir a buenos consejeros es fundamental en el propio caminar para no tropezar o desviarnos del recto camino. Y es que muchas veces nuestras propias pasiones, afectos desordenados, caprichos, la soberbia de creer que “yo sé mejor qué camino debo recorrer”, la influencia de los criterios mundanos, los apegos a propios planes y demás, nos vuelven ciegos para reconocer y recorrer sin tropiezos el camino que conduce a la verdadera vida y felicidad. Para que eso no ocurra, son necesarios los guías que con sus consejos nos devuelven la vista y nos ayudan a caminar por el camino que conduce a la Vida.

Así, pues, el Evangelio de este Domingo nos deja como lección para la vida cristiana la necesidad de escuchar al Señor para hacer lo que Él nos diga, así como de buscar las orientaciones de un buen consejero a fin de obrar rectamente. De ese modo preparamos el camino al Señor para que venga y habite en nuestros corazones: “Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él” (Jn 14,23).

Ya estamos a las puertas de Navidad. Y la Navidad, que ha invadido la calle, es el gran envoltorio, que esconde realidades muy distintas: el folklore, la mesa, los regalos, el encuentro familiar, la lotería, la preocupación por los otros... Todo puede ser bueno, si lo tomamos como expresión del acontecimiento que celebramos: que Jesús nació en Belén. Que el cielo puso su casa en la tierra. Y si esa maravilla, que cuenta el Evangelio, nos ayuda a restregarnos los ojos y nos hace descubrir a ese Jesús a la vuelta de cualquier esquina. Jesús sigue vivo y es Navidad siempre que nos lo encontramos.

El pasaje evangélico narra el episodio de la visita de Santa María a Isabel. ¿Qué motivó a María a realizar este viaje imprevisto? Gabriel, el arcángel, le había manifestado que Isabel había concebido un hijo en su vejez, estando ya en el sexto mes de su embarazo “aquella que llamaban estéril, porque ninguna cosa es imposible para Dios” (Lc 1,36-37).

San Ambrosio enseña que “Cuando María tiene noticia de la maternidad de su prima Isabel, ya anciana y estéril, se pone en camino. No por falta de fe en la profecía ni por dudar del anuncio, ni por dudar de los signos que le fueron dados, sino llena de alegría para cumplir un servicio entrañable. En la prontitud de la alegría, María se dirige hacia las montañas. Llena de Dios ¿podía no ir de prisa hacia las alturas? Los cálculos lentos no corresponden a la gracia del Espíritu Santo.”

En efecto, María se pone inmediatamente en camino y recorre “aprisa” los más de cien kilómetros de distancia que separaban Nazaret de la ciudad de Ain Carim. Hay diversos tipos de “prisa”. Por un lado está la prisa de María quien apenas tiene conocimiento del embarazo de su pariente Isabel se pone en marcha presurosa. La mueve el amor, el deseo de servir, y también el deseo de compartir con alguien que sabrá comprender muy bien su inmensa y desbordante alegría, el gozo exultante que experimenta por la Presencia encarnada del Verbo divino en su seno virginal. La prisa de María está llena del Señor y tiene presente lo esencial.

María tiene un tesoro y llena de júbilo lo quiere compartir. Ha interiorizado como nadie la Palabra Viva de Dios, la lleva palpitante en su seno. Y, portadora de la Palabra, en íntima comunión con Ella, se ve impulsada a servir en el anuncio y en la solidaridad. ¡Qué extraordinario resumen de la vida cristiana! ¡Qué ejemplo para nuestra vida cristiana! Tras el encuentro de María con su parienta anciana, y tras haber recibido Isabel la bendición de la que es portadora María, viene la alabanza de Isabel: ‘Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre’”.

Después del saludo del ángel, hacemos nuestro el de Isabel. “Llena del Espíritu Santo” (Lc 1,41), Isabel es la primera en la larga serie de las generaciones que llaman bienaventurada a María: “Bienaventurada la que ha creído...” (Lc 1,45): María es “bendita entre todas las mujeres” porque ha creído en el cumplimiento de la palabra del Señor. Abraham, por su fe, se convirtió en bendición para todas las “naciones de la tierra” (Gn 12,3). Por su fe, María vino a ser la madre de los creyentes, gracias a la cual todas las naciones de la tierra reciben a Aquel que es la bendición misma de Dios: Jesús, el fruto bendito de su vientre.

San Ambrosio nos dice: “Pero también vosotros sois dichosos porque habéis oído y creído, pues todo el que cree, como María, concibe y da a luz al Verbo de Dios y proclama sus obras.” Que resida, pues, en todos el alma de María, y que esta alma proclame la grandeza del Señor; que resida en todos el espíritu de María, y que este espíritu se alegre en Dios; porque, si bien según la carne hay sólo una madre de Cristo, según la fe Cristo es fruto de todos nosotros, pues todo aquel que se conserva puro y vive alejado de los vicios, guardando íntegra la castidad, puede concebir en sí la Palabra de Dios”.

“Hoy nos ha nacido un Salvador”

La Misa de Nochebuena nos saluda con gozo profundo; hoy resuena en esta noche, antiguo y siempre nuevo, el *anuncio del Nacimiento del Señor*. Resuena para quien está en vela, como los pastores de Belén hace dos mil años; resuena para quien ha acogido la llamada del Adviento y, vigilante en la espera, está dispuesto a acoger el gozoso mensaje, que se hace canto en la liturgia: *“Hoy nos ha nacido un Salvador”*.

Hoy “el Verbo se ha hecho carne y ha venido a habitar entre nosotros” (Jn 1, 14). “Hoy”, en esta noche el tiempo se abre a lo eterno, porque Tú o Cristo, has nacido entre nosotros surgiendo de lo alto. Has venido a la luz del regazo de una Mujer bendita entre todas, Tú, el “Hijo del Altísimo”. Tu santidad ha santificado de una vez para siempre nuestro tiempo: los días, los siglos, los milenios. Con tu nacimiento has hecho del tiempo un “hoy” de salvación.

Traigamos a nuestra memoria la enseñanza de San León Magno: “Hoy, queridos hermanos, decía, ha nacido nuestro Salvador; alegrémonos. No puede haber lugar para la tristeza, cuando acaba de nacer la vida; la misma que acaba con el temor de la mortalidad, y nos infunde la alegría de la eternidad prometida.

Nadie tiene por qué sentirse alejado de la participación de semejante gozo, a todos es común la razón para el júbilo: porque nuestro Señor, destructor del pecado y de la muerte, como no ha encontrado a nadie libre de culpa, ha venido para liberarnos a todos. Alégrese el santo, puesto que se acerca a la victoria; regocíjese el pecador, puesto que se le invita al perdón; anímese el gentil, ya que se le llama a la vida (...)

(...) Despojémonos, por tanto, del hombre viejo con todas sus obras y, ya que hemos recibido la participación de la generación de Cristo, renunciemos a las obras de la carne.

Reconoce, cristiano, tu dignidad y, puesto que has sido hecho partícipe de la naturaleza divina, no pienses en volver con un comportamiento indigno a las antiguas vilezas. Piensa de qué cabeza y de qué cuerpo eres miembro. No olvides que fuiste liberado del poder de las tinieblas y trasladado a la luz y al reino de Dios.

Gracias al sacramento del bautismo te has convertido en templo del Espíritu Santo; no se te ocurra ahuyentar con tus malas acciones a tan noble huésped, ni volver a someterte a la servidumbre del demonio: porque tu precio es la sangre de Cristo (Sermón 1 en la Natividad del Señor, 1-3: PI. 54, 190-193).

Pidamos al Señor que nos dé la gracia de mirar esta noche el pesebre con la sencillez de los pastores para recibir así la alegría con la que ellos tornaron a casa (cf. Lc 2,20). Roguémoslo que nos dé la humildad y la fe con la que san José miró al niño que María había concebido del Espíritu Santo. Pidamos que nos conceda mirarlo con el amor con el cual María lo contempló. Y pidamos que la luz que vieron los pastores también nos ilumine y se cumpla en todo el mundo lo que los ángeles cantaron en aquella noche: “Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor”.

Misterio adorable del Verbo Encarnado Junto a ti, Virgen Madre, permanecemos pensativos



ante el pesebre donde está acostado el Niño, para participar de tu mismo asombro ante la inmensa condescendencia de Dios. Danos tus ojos, María, para descifrar el misterio que se oculta tras la fragilidad de los miembros del Hijo. Ayúdanos a ser testigos creíbles de su mensaje de paz y de amor, para que los hombres y las mujeres de nuestro tiempo, caracterizado aún por tensos contrastes e inauditas violencias, reconozcan en el Niño que está en tus brazos al único Salvador del mundo, fuente inagotable de la paz verdadera, a la que todos aspiran en lo más profundo del corazón.

Señor Jesús, que te contemplamos en la pobreza de Belén, haznos testigos de tu amor, de aquel amor que te ha llevado a despojarte de la gloria divina, para venir a nacer entre los hombres y a morir por nosotros. Mientras el Gran Jubileo la misericordia entra en su fase inicial, infunde en nosotros tu Espíritu, para que la gracia de la Encarnación suscite en cada creyente el compromiso de una respuesta más generosa a la vida nueva recibida en el Bautismo.

Haz que la luz de esta noche, más resplandeciente que el día, se proyecte sobre el futuro y oriente nuestros por los caminos de la paz y la concordia.

“Aquel que es la Palabra se hizo hombre y habitó entre nosotros”

Nunca ha habido otra noticia mejor en toda la historia: “La Palabra se hizo carne”, es decir, “un Niño se nos hadado”, “nos ha nacido el Salvador”, “ha puesto se casa entre nosotros”.

Por esto hoy los cristianos de todo el mundo saben muy bien por qué se alegran y qué es lo que celebran: Dios se ha hecho hombre. Ha querido nacer como uno de nuestra familia. Por muy angustiados que estemos, por preocupados que nos tengan las mil dificultades de la vida, hemos escuchado con gozo el mensaje del profeta: “Rompan a cantar a coro, ruinas de Jerusalén.

Dios no es un ser lejano. Es un Dios que habla, y su Palabra es entrañablemente cercana. Se ha hecho un niño y ha nacido en Belén. Antes, durante siglos, había hablado por medio de profetas o había enviado ángeles como mensajeros. Pero ahora nos ha hablado de otra manera: nos ha enviado a su Hijo. Y el Hijo es superior a todos los profetas y a los ángeles.

Es lo que nos ha dice el autor de la carta a los Hebreos. Y es también lo que llena de entusiasmo a San Juan, en el prólogo de su evangelio, la solemne página que acabamos de escuchar: “la Palabra estaba junto a Dios, la Palabra era Dios, y la Palabra se hizo hombre, y acampó entre nosotros...

La Palabra, ya lo sabemos, se llama Cristo Jesús: el Hijo de Dios, que desde la primera Navidad es también hijo de los hombres. Dios nos ha dirigido su Palabra. Si entre nosotros puede tener tanta trascendencia el dirigirnos o no la palabra unos a otros, si nuestra palabra de amistad, de interés o de amor, puede significar tanto, ¿qué será esa Palabra de Dios, su propio Hijo, que ha querido hacerse uno de nuestra raza y está para siempre entre nosotros? No. No es un Dios mudo, el nuestro. No es un Dios lejano, displicente, amenazador. Es un Dios que nos habla, y su Palabra se llama de una vez por todas, Jesús. Y, desde entonces, siempre es Navidad, porque siempre está esta Palabra de Dios dirigida vitalmente a nosotros, en señal de amistad y de alianza.

Ese es el Misterio que hoy celebramos. Y que nos llena de alegría. Una Palabra hecha persona, que es el Hijo mismo de Dios, y que nos asegura que a nosotros también nos acepta como hijos. Alegrémonos, hermanos. Y acojamos a ese Niño, que es Hijo de Dios y Hermano nuestro. Que no se pueda decir de nosotros lo que Juan ha dicho de los judíos: al mundo vino y el mundo no le conoció, vino a su casa y los suyos no le recibieron.

Desde el momento en que estamos aquí, celebrando la Eucaristía de Navidad, es que sabemos apreciar el gesto de Dios y hemos reconocido al Mesías, Jesús, lleno de gracia y de verdad. Por este Salvador que nos ha nacido, el mundo tiene esperanza. El futuro se presenta más prometedor. Porque Él es para siempre, y sin retractación posible, Dios-con-nosotros.

La Eucaristía de hoy la celebraremos con una gratitud especial. El que nació de la Virgen María en la primera Navidad, se hace hoy para nosotros Pan y Vino, para fortalecernos en nuestro camino.

No estamos celebrando una fecha, o un aniversario, o una doctrina. Estamos celebrando a una Persona que vive, que está presente: El Hijo, el Hermano, el Salvador. Es el Dios que se ha hecho hombre para hacernos a nosotros partícipes de la vida de Dios.



La Virgen Santa, la Santa Madre de Dios, que está en el corazón del templo de Dios, cuando la Palabra se ha hecho uno de nosotros en el tiempo; Ella que ha dado al mundo al Salvador, nos ayude a acogerlo con el corazón abierto, para ser y vivir verdaderamente libres, como hijos de Dios. ¡Feliz Navidad a todos!

En este domingo, que sigue al Nacimiento del Señor, celebramos con alegría a la Sagrada Familia de Nazaret. Jesús quiso nacer y crecer en una familia humana; tuvo a la Virgen María como madre; y san José le hizo de padre. Ellos lo criaron y educaron con inmenso amor. La familia de Jesús merece de verdad el título de ‘santa’, porque su mayor anhelo era cumplir la voluntad de Dios, encarnada en la adorable presencia de Jesús.


En su vida transcurrida en Nazaret, Jesús honró a la Virgen María y al justo José, permaneciendo sometido a su autoridad durante todo el tiempo de su infancia y su adolescencia (cf. *Lc 2, 51-52*). Así puso de relieve el valor primario de la familia en la educación de la persona. María y José introdujeron a Jesús en la comunidad religiosa, frecuentando la sinagoga de Nazaret. Con ellos aprendió a hacer la peregrinación a Jerusalén, como narra el pasaje evangélico que la liturgia de hoy propone a nuestra meditación. Cuando tenía doce años, permaneció en el Templo, y sus padres emplearon tres días para encontrarlo. Con ese gesto les hizo comprender que debía “ocuparse de las cosas de su Padre”, es decir, de la misión que Dios le había encomendado (cf. *Lc 2, 41-52*).

Este episodio evangélico revela la vocación más auténtica y profunda de la familia: acompañar a cada uno de sus componentes en el camino de descubrimiento de Dios y del plan que ha preparado para él. María y José educaron a Jesús ante todo con su ejemplo: en sus padres conoció toda la belleza de la fe, del amor a Dios y a su Ley, así como las exigencias de la justicia, que encuentra su plenitud en el amor (cf. *Rm 13, 10*). De ellos aprendió que en primer lugar es preciso cumplir la voluntad de Dios, y que el vínculo espiritual vale más que el de la sangre (*Benedicto XVI 31 de diciembre de 2006*).

El Niño Jesús, que crecía y se fortalecía, lleno de sabiduría, en la intimidad del hogar de Nazaret (cf. *Lc 2,40*), aprendió también en él de alguna manera el modo humano de vivir. Esto nos lleva a pensar en la dimensión educativa imprescindible de la familia, donde se aprende a convivir, se transmite la fe, se afianzan los valores y se va encauzando la libertad, para lograr que un día los hijos tengan plena conciencia de la propia vocación y dignidad, y de la de los demás. El calor del hogar, el ejemplo doméstico, es capaz de enseñar muchas más cosas de las que pueden decir las palabras. Esta dimensión educativa de la familia puede recibir un aliento especial en el *Año de la misericordia*, que comenzó apenas unos días. Este año es una oportunidad para revitalizar la comprensión, la ternura y la misericordia en sus casas y tomar mayor conciencia del mandato del amor, comenzando en la familia.

La Iglesia está segura de que las familias cristianas al contemplar y descubrir en la Sagrada Familia las características del auténtico amor, tal y como debe ser vivido entre los esposos y sus hijos, serán ellos mismos firmemente alentados y rectamente orientados a seguir ese específico sendero de santidad y de plena realización humana.

En nuestros días, en un mundo frecuentemente extraño e incluso hostil a la fe, las familias creyentes tienen una importancia primordial en cuanto, faros de una fe viva e irradiadora. Por eso el Concilio Vaticano II llama a la familia, con una antigua expresión, “Ecclesia doméstica” (*LG 11*). En el seno de la familia, “los padres han de ser para sus hijos los primeros anunciadores de la fe con su palabra y con su ejemplo, y han de fomentar la vocación personal de cada uno y, con especial cuidado, la vocación a la vida consagrada” (*LG 11; CEC 1656*).



Aquí es donde se ejercita de manera privilegiada el sacerdocio bautismal del padre de familia, de la madre, de los hijos, de todos los miembros de la familia, “en la recepción de los sacramentos, en la oración y en la acción de gracias, con el testimonio de una vida santa, con la renuncia y el amor que se traduce en obras” (LG 10). El hogar es así la primera escuela de la vida cristiana y “escuela del más rico humanismo” (GS 52,1). Aquí se aprende la paciencia y el gozo del trabajo, el amor fraterno, el perdón generoso, incluso reiterado, y sobre todo el culto divino por medio de la oración y la ofrenda de su vida (CEC 1657).

Encomendamos a María, Reina y madre de la familia, a todas las familias del mundo, a fin de que puedan vivir en la fe, en la concordia, en la ayuda mutua, y por esto invoco sobre ellas la maternal protección de quien fue madre e hija de su Hijo.

...toda familia cristiana sea un lugar privilegiado

en el que se experimenta la alegría del perdón


Las Lecturas bíblicas que hemos escuchado nos presentan la imagen de dos familias que hacen su peregrinación hacia la casa de Dios. Elcaná y Ana llevan a su hijo Samuel al templo de Siló y lo consagran al Señor (cf. *1 S 1,20- 22,24-28*). **Del mismo modo, José y María, junto con Jesús, se ponen en marcha hacia Jerusalén para la fiesta de Pascua (cf. *Lc 2,41-52*).**

Lo más hermoso que hoy pone de relieve la Palabra de Dios es que *la peregrinación la hace toda la familia*. Papá, mamá y los hijos, van juntos a la casa del Señor para santificar la fiesta con la oración. Es una lección importante que se ofrece también a nuestras familias. Es más, podemos decir que la vida de la familia es un conjunto de pequeñas y grandes peregrinaciones.

Por ejemplo, cuánto bien nos hace pensar que María y José enseñaron a Jesús a decir sus oraciones, y esta es una peregrinación, la peregrinación de la educación a la oración. Y también nos hace bien saber que durante la jornada rezaban juntos; y que el sábado iban juntos a la sinagoga para escuchar las Escrituras de la Ley y los Profetas, y alabar al Señor con todo el pueblo. Y, durante la peregrinación a Jerusalén, ciertamente han rezado cantando con las palabras del Salmo: “¡Qué alegría! cuando me dijeron: “Vamos a la casa del Señor”. Ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén” (122,1-2).

Qué importante es para nuestras familias peregrinar juntos, caminar juntos para alcanzar una misma meta. Sabemos que tenemos un itinerario común que recorrer; un camino donde nos encontramos con dificultades, pero también con momentos de alegría y de consuelo. En esta peregrinación de la vida compartimos también el tiempo de oración.

¿Qué puede ser más bello para un padre y una madre que *bendecir a sus hijos al comienzo de la jornada y cuando concluye? Hacer en su frente la señal de la cruz como el día del Bautismo. ¿No es esta la oración más sencilla de los padres para con sus hijos? Bendecirlos, es decir, encomendarles al Señor, -como hicieron Elcaná y Ana, José y María- para que sea él su protección y su apoyo en los distintos momentos del día. Qué importante es para la familia encontrarse también en un breve momento de oración antes de comer juntos, para dar las gracias al Señor por estos dones,*



y para aprender a compartir lo que hemos recibido con quien más lo necesita. Son pequeños gestos que, sin embargo, expresan el gran papel formativo que la familia desempeña en la peregrinación de todos los días.

Al final de aquella peregrinación, Jesús volvió a Nazaret y vivía sujeto a sus padres (cf. *Lc 2,51*). **Esta imagen tiene también una buena enseñanza para nuestras familias. En efecto, la peregrinación no termina cuando se ha llegado a la meta del santuario, sino cuando se regresa a casa y se reanuda la vida de cada día**, poniendo en práctica los frutos espirituales de la experiencia vivida. Sabemos lo que hizo Jesús aquella vez. En lugar de volver a casa con los suyos, se había quedado en el Templo de Jerusalén, causando una gran pena a María y José, que no lo encontraban. Por su «aventura», probablemente también Jesús tuvo que pedir disculpas a sus padres.

El Evangelio no lo dice, pero creo que lo podemos suponer. La pregunta de María, además, manifiesta un cierto reproche, mostrando claramente la preocupación y angustia, suya y de José. Al regresar a casa, Jesús se unió estrechamente a ellos, para demostrar todo su afecto y obediencia. También forman parte de la peregrinación de la familia estos momentos que, con el Señor, se transforman en oportunidad de crecimiento, en ocasión para pedir perdón y recibirlo, de demostrar el amor y la obediencia.

Que toda familia cristiana sea un lugar privilegiado en el que se experimente la *alegría del perdón*. El perdón es la esencia del amor, que sabe comprender el error y poner remedio. Pobres de nosotros, si Dios no nos perdonara. En el seno de la familia es donde se nos educa al perdón, porque se tiene la certeza de ser comprendidos y apoyados no obstante los errores que se puedan cometer.

No perdamos la confianza en la familia. Es hermoso abrir siempre el corazón unos a otros, sin ocultar nada. Donde hay amor, allí hay también comprensión y perdón. Los encomiendo a ustedes, queridas familias, esta peregrinación doméstica de todos los días, esta misión tan importante, de la que el mundo y la Iglesia tienen más necesidad que nunca.

El año que termina y el que se anuncia en el horizonte están puestos bajo la mirada y la bendición de la santísima Madre de Dios: mientras nos detenemos en el belén a contemplar al Niño, la mirada no puede dejar de dirigirse también hacia la Madre, que con su 'sí' hizo posible el don de la Redención. Por eso, el tiempo de Navidad conlleva una profunda connotación mariana; el nacimiento de Jesús, hombre-Dios y la maternidad divina de María son realidades inseparables entre sí; el misterio de María y el misterio del Hijo unigénito de Dios que se hace hombre forman un único misterio, donde uno ayuda a comprender mejor el otro.

En efecto, estamos reunidos en las primeras Vísperas de la solemnidad de Santa María, Madre de Dios, para dar gracias al Señor al final del año elevando un himno de acción de gracias al Señor por las innumerables gracias que nos ha dado, pero además y sobre todo por la Gracia en persona, es decir, por el Don viviente y personal del Padre, que es su Hijo predilecto, nuestro Señor Jesucristo.


Otro año llega a su término, mientras que, con la inquietud, los deseos y las esperanzas de siempre, aguardamos uno nuevo. Si pensamos en la experiencia de la vida, nos deja asombrados lo breve y fugaz que es en el fondo. Por eso, muchas veces nos asalta la pregunta: ¿Qué sentido damos a nuestros días? Más concretamente, ¿qué sentido damos a los días de fatiga y dolor? Esta es una pregunta que atraviesa la historia, más aún, el corazón de cada generación y de cada ser humano. Pero hay una respuesta a este interrogante: se encuentra escrita en el rostro de un Niño que hace dos mil años nació en Belén y que hoy es el Viviente, resucitado para siempre de la muerte.

En el tejido de la humanidad, desgarrado por tantas injusticias, maldades y violencias, irrumpe de manera sorprendente la novedad gozosa y liberadora de Cristo Salvador, que en el misterio de su encarnación y nacimiento nos permite contemplar la bondad y ternura de Dios. El Dios eterno ha entrado en nuestra historia y está presente de modo único en la persona de Jesús, su Hijo hecho hombre, nuestro Salvador, venido a la tierra para renovar radicalmente la humanidad y liberarla del pecado y de la muerte, para elevar al hombre a la dignidad de hijo de Dios.

Resulta sumamente sugestivo, en el ocaso del año, escuchar nuevamente el anuncio gozoso que el apóstol Pablo dirigía a los cristianos de Galacia: "Cuando se cumplió el tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley, para que recibiéramos la adopción filial" (Ga 4,4-5). Estas palabras tocan el corazón de la historia de todos y la iluminan, más aún, la salvan, porque desde el día en que nació el Señor la plenitud del tiempo ha llegado a nosotros. Así pues, no hay lugar para la angustia frente al tiempo que pasa y no vuelve; ahora es el momento de confiar infinitamente en Dios, de quien nos sabemos amados, por quien vivimos y a quien nuestra vida se orienta en espera de su retorno definitivo.

Desde que el Salvador descendió del cielo el hombre ya no es más esclavo de un tiempo que avanza sin un porqué, o que está marcado por la fatiga, la tristeza y el dolor. El hombre es hijo de un Dios que ha entrado en el tiempo para rescatar el tiempo de la falta de sentido o de la negatividad, y que ha rescatado a toda la humanidad, dándole como nueva perspectiva de vida el amor, que es eterno.

Cuando los cristianos se dirigen a María en todos los tiempos y lugares, se dejan guiar por la certeza espontánea de que Jesús no puede rechazar las peticiones que le presenta su Madre; y se apoyan en la confianza inquebrantable de que María es también Madre *nuestra*; una Madre que ha



experimentado el sufrimiento más grande de todos, que se da cuenta, juntamente con nosotros, de todas nuestras dificultades y piensa de modo materno cómo superarlas.

La devoción mariana se concentra en la contemplación de la relación entre la Madre y su divino Hijo. Los fieles, en la oración, en las pruebas, en la gratitud y en la alegría, han encontrado siempre nuevos aspectos y títulos que nos pueden abrir mejor a este misterio como, por ejemplo, la imagen del Corazón Inmaculado de María, símbolo de la unidad profunda y sin reservas con Cristo en el amor.

“Donde está Dios, allí hay futuro”. En efecto: donde dejamos que el amor de Dios actúe totalmente sobre nuestra vida y en nuestra vida, allí se abre el cielo. Allí, es posible plasmar el presente, de modo que se ajuste cada vez más a la Buena Noticia de nuestro Señor Jesucristo. Allí, las pequeñas cosas de la vida cotidiana alcanzan su sentido y los grandes problemas encuentran su solución.

Aunque en el horizonte se ciernen no pocas sombras sobre nuestro futuro, no debemos tener miedo. Nuestra gran esperanza como creyentes es la vida eterna en la comunión de Cristo y de toda la familia de Dios. Esta gran esperanza nos da la fuerza para afrontar y superar las dificultades de la vida en este mundo. Esta tarde, la presencia maternal de María nos asegura que Dios no nos abandona nunca, si nos entregamos a él y seguimos sus enseñanzas. Así pues, con filial afecto y confianza encomendemos a María las esperanzas y los anhelos, así como los temores y las dificultades que llevamos en el corazón, mientras despedimos el año 2015 y nos preparamos para acoger el 2016. Ella, la Virgen Madre, nos ofrece al Niño que yace en el pesebre como nuestra esperanza segura. Llenos de confianza, podremos entonces cantar: “Tú, Señor, eres nuestra esperanza, no quedaremos confundidos eternamente”. Sí, Señor, en ti esperamos, hoy y siempre; tú eres nuestra esperanza. Amén.